

Textos

JOSÉ MARÍA MICÓ

Más avocado que abogado

LA primera de las adicciones de Francisco Rico, fumador empedernido, es la adicción al texto. Primera y principal. Una vez le oí contar —para su mayor gloria, y espero que mi resumen del *caso* es tan verdadero como verosímil— el siguiente sucedido: allá por 1960, Jaime Gil de Biedma le preguntó en presencia de Gabriel Ferrater cuál era el verso más logrado de los primeros compases del famoso bolero “Esta tarde vi llover”: “A ver, Pacoleta, dinos cuál es el verso que da el tono”. Y el más joven del trío respondió, ante el satisfecho asombro de sus examinadores: “Vi gente correr”. La respuesta supo atender y entender los valores poéticos del texto (un verso a la vez denotativo y evocativo cuya simplicidad no es tan trivial como la de los versos contiguos) sin dejar de captar los significados del contexto (la taimada inquisición de dos grandes poetas), y estoy por decir que en los más de cuarenta años de fértil filología que lo separan de aquella anécdota, el encuentro del texto con sus contextos (términos a menudo malbaratados o usados con oportunismo por otras disciplinas) es el único territorio en que se ha movido Francisco Rico, el único y minúsculo punto fijo que ha orientado toda su labor. Una labor —nadie lo ignora— que no se ha limitado a ofrecer ediciones de clásicos que son, sin excepción, trabajos de referencia para cualquier estudioso o estudiante de literatura española, porque también lo son sus otros empeños: *La novela picaresca y el punto de vista* (1970), *Vida u obra de Petrarca* (1974), *El pequeño mundo del hombre* (1970), *El sueño del humanismo* (1993)... Por medio de esos y otros libros “de autor” se ha inmiscuido con éxito en la teoría literaria, en la historia de las ideas y en la litera-

JOSÉ MARÍA MICÓ

tura de otros países, pero todos ellos son en el fondo meras expansiones de un filólogo que apenas nos ha ofrecido otra cosa que lecturas, glosas y comentarios. “Nada más, pero tampoco menos”, por decirlo con una frase suya.

El orgullo del filólogo, del humanista, siempre suena en sus frases bastante petrarquesco: quizá por eso su mejor obra, su *capolavoro*, que dirían —y dicen— en Italia, sea la *Lectura del “Secretum”*, que destaca, como casi todo lo que ha escrito o trazado, por una curiosa mezcla de perfección y provisionalidad, de rigor y capricho. Fue la primera entrega de un proyecto presidido por la reveladora disyunción *Vida u obra de Petrarca*, porque Francisco Rico pretendía sorprender al autor “en el acto de la escritura, nítida intersección de vida y obra”, y ello después de dar “por justo y santo que [...] la obra es la mayor dimensión de la vida” y después de conformarse con haber elaborado “una mera paráfrasis comentada” de un texto antiguo. Al modo de Petrarca, Rico entiende y concibe su propia obra filológica como algo semejante a la creación, a una serie de “actos de la escritura” instituidos y ofrecidos como lecturas de autores y de textos del pasado.

Francisco Rico estaba avocado a la edición de textos.

Dar la nota

Y empezó muy pronto a cumplir su llamado, pues lo primero que nos asombra en *La novela picaresca española*, preparada entre el otoño del 64 y el invierno del 65 y aparecida oficialmente en abril de 1967 (aunque algunos ejemplares ya corrían a finales de 1966) es el hecho de que la finura del juicio, la penetración del análisis, la exhaustividad del estudio, el rigor en la fijación del texto y la opulencia de las notas se debían a los desvelos de un veinteañero. Como nadie nace sabiendo, ese volumen marca también el inicio de su aprendizaje, y aquí o allá comparecen actitudes y procedimientos que quizá hoy le harían poner el grito en el cielo (“trabajo siempre sobre los facsímiles publicados por Antonio Pérez Gómez”, confesaba al

TEXTOS

ofrecer su primer *Lazarillo*, aunque eso, más que pecado venial, era rara virtud a mediados de los sesenta), pero lo cierto es que la mayor parte de las principales aportaciones posteriores al estudio y a la edición de esos clásicos han seguido siendo cosa suya durante siete lustros, porque la obra crece y madura al ritmo de la vida: ahí están el siempre renovador y siempre renovado librito *La novela picaresca y el punto de vista*; las ediciones exentas, revisadas y ampliadas (el *Lazarillo* en 1976 y 1987, el *Guzmán* en 1983), o nuevos y no pequeños avances críticos, sobre todo a propósito del *Lazarillo*, que van desde generosas zambullidas en los bajíos del texto (las características de la *princeps* perdida y reconstruida en todos sus detalles) hasta nuevas piruetas interpretativas, como siempre osadamente sensatas, sobre el realismo de un *Lazarillo de Tormes* ya definitivamente “apócrifo”.

Puesto que veinte años después de *La novela picaresca española* apareció un *Guzmán de Alfarache* editado y anotado por mí, sé muy bien sobre qué erial brotó la labor de Francisco Rico. Las ediciones de Samuel Gili Gaya en los *Clásicos Castellanos* de La Lectura (1926-1936, después Espasa-Calpe) y de Joaquín Saura Falomir en la *Biblioteca Clásica Castilla* (1953) fueron esfuerzos meritorios y con notables aciertos ocasionales, pero muestran también las muchas carencias de un modo de proceder que no sentía gran preocupación por la fiabilidad de las fuentes textuales, que solía documentar los elementos lexicográficos sin reconocer la función de las alusiones proverbiales o los juegos de palabras, que medía por el mismo rasero todos los casos de lo que después se ha llamado intertextualidad, que ponía sus notas no pensando tanto en las necesidades del texto cuanto en la posibilidad de encontrar y acumular información, a menudo desproporcionada, sobre este o aquel problema, y que prefería hacer la vista gorda cuando un pasaje se resistía a ser descifrado, provocando en el lector una doble perplejidad, la de no poder entender el texto y la de maliciarse que el anotador tampoco lo había entendido. La deuda de Rico con la edición de don Samuel no fue tan grande como la cortesía que se debía a “tan respetado maestro”, y el caso de Joaquín Saura Falomir era especialmente llamativo, porque puso algunas notas muy buenas, pero en todos y cada uno de los capítulos de su *Guzmán* se quedaron docenas

de frases sin explicación. No fue así en el caso de Rico, quien sentó las bases de un nuevo modo de hacer filología a través de la edición de textos. En una disciplina o una actividad hecha, como casi todas, de conformidades o de inercias, el editor inconformista no se limitaba a ofrecer un buen estudio introductorio, o a fijar el texto con un mínimo de infrecuente sentido común, o a enristrar notas eruditas donde se necesitaban, sino que se proponía algo que entonces estaba todavía en el más allá: lo que podríamos llamar una edición *integral*. Después vinieron otros muchos editores del *Lazarillo* y vinimos unos pocos editores del *Guzmán*, y por más que puedan y podamos sentirnos satisfechos de nuestras aportaciones ecdóticas y de nuestros progresos anotadores —me animo a decirlo sin rubor porque el *Guzmán* ya es cosa lejana y cerrada para mí y porque me tocó la suerte de aportar algo, digamos que por ley de vida—, el primer paso y el más decidido y el más importante lo dio Francisco Rico.

La despreocupación por el valor de las fuentes textuales, la documentación indiscriminada y la anotación desproporcionada de los clásicos del Siglo de Oro no se extinguieron después de *La novela picaresca española*, y aunque también es verdad que antes de ella hubo algunas excepciones a ese triple despropósito, las más importantes fueron confeccionadas en ambientes y con medios bien distintos de los españoles de 1967 (cuando, por ejemplo, la fotocopia o “xerocopia” era una rareza): por ahí andaban el *Criticón* de Romera-Navarro (1938-1940), la *Propalladia* de Gillet (1950) o la *Dorotea* de Morby (1958), ediciones dotadas de una virtualidad enciclopédica que las hace, todavía hoy, de consulta obligada. Aquí, en España, aquel joven Francisco Rico venía a ser como un Rodríguez Marín —benemérito por razones diversas— que, sin perder ni una pizca de su portentosa erudición, se hubiese liberado de resabios decimonónicos y positivimos cejadores y hubiese cobrado de pronto el juicio de la proporción, el criterio literario, el empeño de ofrecer una anotación generosa en información, consciente de su supeditación al texto y orgullosa de su servicio a un lector no meramente impersonal que era, en cierto modo, la suma de todos los lectores posibles, y aun tal vez, idealmente, el mejor de los lectores posibles.

TEXTOS

En la curiosa mezcla de perfección y provisionalidad de que antes hablaba también se han entremetido voluntades ajenas: los ilusionantes *Clásicos Planeta*, después replanteados en formatos más modestos y comerciales, murieron en sazón tras dar inicio y cobijo a otras series irrepetibles (como los versos de Lope y Quevedo a cargo de José Manuel Blecua), y ya nunca veremos los otros dos volúmenes proyectados de *La novela picaresca española*, pero creo que es lícito decir que el *Lazarillo de Tormes* y el *Guzmán de Alfarache* entraron en la modernidad de la mano de Francisco Rico, *legati con amore in un volume* que les devolvía su doble dimensión de clásicos: documentos del pasado y contemporáneos de cualquier presente.

La capacidad de perspicacia y, mejor aún, de suspicacia de Francisco Rico ante cualquier texto siguió dándole frutos en otras ediciones menos esforzadas que preparó, a salvo de las adaptaciones necesarias en cada caso, con el mismo designio de plenitud: *El caballero de Olmedo* (desde 1967), las *Novelas a Marcia Leonarda* (1968), *El desdén, con el desdén* (1971)... Al anotar las novelas de Lope no tenía empacho en confesar que “tres o cuatro citas se han resistido a la identificación”; en la pieza de Moreto, acompañada de dos entremeses para dar mejor idea del “contexto espectacular” de la comedia del Siglo de Oro, quizá la aportación máxima del editor sea (y lo digo de veras, no solo por mi devoción al lema *multum in parvo*) la coma del título, y en cuanto a las virtudes y novedades de las ediciones sucesivamente mejoradas de *El caballero de Olmedo*, no diré sino que, como las de los otros clásicos, exceden todo rigor profesional: quiero decir que su excelencia no se debe solamente a la pericia de quien sabe hacer su oficio, sino a la vocación y al entusiasmo de quien decide entablar un diálogo literario con los textos editados. Quizá por eso el lector de las ediciones de Rico tiene la impresión de que la operación de leer los materiales del filólogo no es muy diferente de estar leyendo a Lope, a Cervantes o al autor del *Lazarillo*, y no solo por hermosas extravagancias como la de empezar diciendo que “Marta de Nevares tenía los ojos verdes”, sino por una *captatio* incesante que no es otra cosa que voluntad de estilo.

JOSÉ MARÍA MICÓ

La edición, sin el desdén: "Biblioteca clásica"

Pero Francisco Rico también estaba avocado a la creación de una colección de clásicos. Los primeros años de su actividad coincidieron con una eclosión editorial en la que muy pronto supo tomar posiciones y en la que fue determinante su condición de miembro destacado de una nueva generación de filólogos. En la serie de *Textos Hispánicos Modernos* aparecieron obras españolas e hispanoamericanas de los siglos XVIII, XIX y XX, pero ofrecidas con un rigor (para empezar, ecdótico) hasta entonces desconocido en la edición de autores tan modernos que aún estaban vivos (Jorge Guillén, Dámaso Alonso, Francisco Ayala...) o que habían merecido poca atención en España (así varios de los americanos). Al margen de los azares de la editorial Labor, en los cinco o seis años que duró la serie, adornada con los mejores nombres del hispanismo, vieron la luz algunos volúmenes que hoy son clásicos a su modo y que han sido recuperados de formas diversas y aun pintorescas: reimpresos en colecciones de pura poesía (el *Diario* de Juan Ramón) o de pura divulgación (*Falange y literatura*) y reivindicados en colecciones posteriores (como el *Cántico* de 1936).

Ahí estaba en germen la futura *Biblioteca clásica*, con su capacidad de canonización y con su voluntad de satisfacer "a unos y a otros" (al "público hispánico culto [...] no especialista", al "estudiante universitario", al "profesor"...) ofreciendo "el texto más fiel y autorizado de cada obra, el que mejor represente el designio último y la última revisión del autor", mostrando a ser posible "el camino hacia tal versión definitiva" (cito del memorándum de *Textos Hispánicos Modernos*). Así se presentaba también la *Biblioteca clásica*:

La BC responde al propósito de ofrecer los títulos que pueden considerarse el núcleo esencial de la tradición literaria española hasta los últimos años del siglo XIX y aspira a presentarlos en ediciones que se conviertan en la *vulgata* autorizada e impecable de todos ellos. La meta es crear una colección que sirva de referencia para cada una de las obras incluidas y para el conjunto que forman. El lector sabrá que los tomos de BC presentan siempre el texto

TEXTOS

filológicamente más seguro, así como las introducciones y notas que más plenamente reflejan el estado actual de los estudios pertinentes. Pero sabrá también que el resultado de tales estudios se le ofrece asimilado y articulado, de suerte que el acopio de erudición no le distraiga inútilmente ni le impida, cuando no quiera otra cosa, disfrutar “le plaisir du texte” sin más.

Una de las ideas claves era la de que debía ser una colección cerrada, canónica, suma de individuos únicos (de ahí la cifra emblemática de 111 títulos) que la forman curiosamente por su excepcionalidad, por su condición de textos irrepetibles, distintos de cuantos los acompañan en esa sucesión de disparidades que, sin embargo, deben ser ofrecidas de modo parejo y homogéneo. Todo canon es discutible y todo canonizador cae en la tentación de imponer novedades o reivindicaciones: por confesar una disensión, yo no incluiría nunca la *Gramática* de Nebrija en una lista de clásicos literarios, aunque puedo intuir las razones de Rico, quien además es forjador, y no mero receptor o beneficiario, del canon español.

Otro punto crucial es, naturalmente, la fijación de la *vulgata* de cada obra. Leer un texto medieval en algunas ediciones del siglo XX, incluso en algunas de las incluidas en colecciones populares, puede ser una operación más complicada y tortuosa que hacerlo en un buen facsímil del *codex optimus* correspondiente. Editar es intervenir, pero la intervención perfecta es la que no deja huella en el texto, la que hace del texto clásico, por arduo que sea, un texto legible (y no hablo ahora de tipos y gramajes, sino de limpieza y fluidez). *Biblioteca clásica* rompe con ese falso rigor crítico (el *rigor mortis* de las abreviaturas resueltas entre corchetes o con cursivas, por no hablar de cruces, tildes y asteriscos) y busca primordialmente la nitidez y la modernización racional de los textos. Creo que en este aspecto será necesario ir todavía más lejos en el futuro, pues ¿de verdad tiene algún sentido o alguna justificación seguir editando a nuestros poetas del Siglo de Oro con cosas como “¿Quién está ’llá?” o “En los claustros de l’alma”?

Otro de los aciertos del planteamiento de *Biblioteca clásica* está en el carácter autónomo y enciclopédico de los volúmenes, que son

JOSÉ MARÍA MICÓ

obras de referencia no solo por la grandeza literaria de la obra fijada en su versión más fiel, sino por los materiales que la acompañan, suficientes para cubrir las necesidades de cualquier lector. La inclusión sistemática del aparato crítico tiene una importancia científica e histórica indiscutible, y aunque siempre hay imprevistos e imponderables —cada maestrillo tiene su librillo—, todos los volúmenes son el resultado de la más alta filología y aseguran al conjunto de *Biblioteca clásica* una uniformidad desconocida en anteriores colecciones de clásicos.

Del otro lado está la realidad, y ya se sabe que en ella la validez filológica no siempre tiene valor comercial. Son tantos los azares y contingencias de lo real, que la fortuna de cualquier libro, por importante que sea, es siempre incierta. Puede ocurrir que el estudiante no tenga dinero para comprarlo ni tiempo para leerlo, que el profesor sensato no descarte recomendar otras opciones más baratas, que el especialista espere recibirlo gratis en su casa o haya preparado otra edición para la que no desee competencia, y que el lector que busca el *plaisir du texte*, si no es muy consciente de las riquezas que se esconden tras los circulitos y cuadratines volados, vea como un peso muerto los pliegos y más pliegos de notas complementarias. Y así el libro que pretende ser para todos corre el riesgo de atraer a muy pocos, pero también en esto ha sabido Rico hacer de la necesidad virtud, mostrando con perseverancia y proclamando *urbi et orbi* las indudables bondades del nuevo *Quijote* o lanzando series paralelas y complementarias, como las antologías de *Páginas de Biblioteca clásica* o los aligerados y manuales *Clásicos y modernos*.

Y perder el respeto a ley severa

La falta de pudor de Francisco Rico, seguramente nociva y reprochable en el medio social, es una de las claves de sus éxitos como filólogo. No se impone un simple “¿Por qué?” de investigador, sino que la pregunta que verdaderamente le guía es “¿Por qué no?”. Como en el creador, toda dificultad es desafío. Su voluntad se ins-

TEXTOS

tala así más allá del territorio usual en los estudios de humanidad, más allá de ese limbo de contemplación en el que, mal que bien, se mueven, nos movemos, los hombres de letras. Su estamento, o su hábitat natural, no es el de los retóricos *oratores* ni el de los humildes *laboratores*, sino el de los impulsivos *bellatores*: es, en fin, hombre de acción y no de contemplación, un *miles* justamente *gloriosus* que ha sabido emprender grandes hazañas y que, habiendo demostrado su valor como caballero singular, ha logrado reunir valiosas y valientes tropas para enderezar *Quijotes* o desenredar *Celestinas*. Todo lo ha hecho, además, con deseo y capacidad de liderazgo, gobernando proyectos que serían imposibles bajo otro cómitre y arrostrando dificultades con una indemnidad caprichosa que solo es privilegio de los insensatos o de los invictos. Claro está que sus temeridades han provocado bajas y deserciones entre sus subordinados, a quienes, además de valor, se les supone un alto grado de masoquismo. Por eso algunos estamos voluntariamente en la reserva y preferimos lamernos las mataduras como ya sueltos y pacíficos bueyes, pastando el no rompido sueño de nuestros propios deseos: por ejemplo, escribiendo versos o traduciendo el *Orlando furioso* en lugar de seguir inventariando las variantes de las *Soledades*.

Es ahora cuando conviene más que nunca señalar, con solemnidad incluso, la virtud de Francisco Rico: el talento. Una virtud que solo sienten íntimamente como defecto quienes carecen de ella y que, por suerte o por desgracia, ni se hereda ni se transmite. La figura de Rico representa el inicio de una nueva época y determina la eficacia de la filología del futuro, pero también, paradójicamente, señala y simboliza el final de otra era: la de los grandes maestros, no limitados al estudio de un tema o de un ámbito, no extraviados en la reivindicación minuciosa y capciosa de autores olvidados o cuestiones insignificantes, sino llamados a intervenir, es decir, a entrar, en la gran historia de la literatura: como Menéndez y Pelayo, como Menéndez Pidal, como Dámaso Alonso. Estos tiempos de especialización, profesionalización, eclosión universitaria, bibliografías en línea, transmisión electrónica de datos, gabelas de escalafón, asociaciones gremiales, grupos de investigación, becas proliferantes,

JOSÉ MARÍA MICÓ

programas de intercambio, congresos multitudinarios, proyectos financiados y tantas otras mejoras indiscutibles han hecho que la erudición haya perdido, por decirlo así, su carácter romántico y artístico y de esfuerzo individual, que no sea lo que era hace un cuarto de siglo, y hoy en muchos ámbitos académicos, no importa si de letras o de ciencias, ya no se crea, sino que se recrea y, a veces, se petardea. El talento no solo es raro, sino que además es innecesario.

Y ahora que Rico ya ha merecido el honor del epigonismo (pues algunos de sus alardes filológicos, giros estilísticos y gestos sociales han tenido burdas imitaciones) y, sobre todo, ahora que su ejemplo ha guiado a nuevas y valiosas promociones de filólogos en todos los rincones de España, es más importante que nunca dejarse de faramallas y destacar lo esencial: su figura de filólogo riguroso y original, su condición de filólogo-creador de genio y con talento. No es que él sepa siempre más que nadie sobre aquello por lo que se interesa, sino que conserva en todo lo que hace el sano escepticismo y la justa frivolidad del diletante, con ese punto de irónica desconfianza que le permite sacar frutos jugosísimos donde otros no ven sino una nueva oportunidad para afirmar su dogma. Lejos de la intolerancia del converso, siempre que puede practica caprichosamente una fe nueva, y la mistifica con heterodoxias para demostrar que su forma de creencia es la herejía, mientras los apóstoles de la fe de turno siguen creyendo candorosamente que las doctrinas y las teorías sirven para algo en sí mismas. Avanza en una especie de depredación, y en unos meses obsesivos se vuelve experto en materias a las que otros *scholars* han dedicado la vida entera sin darse a veleidades ni abjurar de sus principios. Después polemiza o se ensaña con el juguete roto de sus pasadas fiebres (la ecdótica y la *textual bibliography* se cuentan entre las más recientes) y busca nuevos caminos de perfección sin más religión que el texto: lo demás no tiene sentido ni valor si no se usa en su beneficio, si no se sacrifica a su servicio.

Eterno *puer senex* (no siempre el diablo sabe más por viejo que por diablo), ha releído buena parte de la literatura española con ojos nuevos. Ha visto lo que nadie ha sabido ver, lo que ha pasado desapercibido a legiones de estudiosos, y no pocas veces ha mejo-

TEXTOS

rado y depurado lo que ya habían visto o intuido otros investigadores, pero lo habían visto o intuido sin atinar a decirlo como él, sin extraer todas las ideas o certidumbres a las que logra dar caza y alcance su diabólica perspicuidad. Podrían ponerse muchos ejemplos, pero basta con que el lector contemple detenidamente el *Quijote* de *Biblioteca clásica*, suma de logros individuales en un esfuerzo colectivo que sin su director no habría llegado a contener tantas novedades ni a convertirse en la edición de referencia que será, sin duda, por mucho tiempo.

A una famosa antaño desbragada le preguntaron qué libro iba a leerse en verano (corría el de 1998) y le dio por responder: “El *Quijote* de Francisco Rico”. En las manos de Rico, hasta lo sabido sabe distinto, y quizá por eso se ha prodigado en los medios de comunicación, consciente (más consciente y más sagaz que ningún otro filólogo) de que es ahí donde se libran las batallas y donde las novedades editoriales lo pierden todo si pierden comba. No siempre han sido exactamente actos de divulgación, sino operaciones de promoción y alguna que otra guerra de propaganda en la que, a veces, se ha visto obligado a matar moscas a cañonazos o a solventar rivalidades en la inadecuada palestra de los periódicos de tirada nacional: así con la dichosa **Hepila* —que aún colea— y otras “mil zarandajas tan impertinentes como necesarias al verdadero entendimiento desta grande historia”. Hijuelas o secuelas caprichosas de las docenas de importantes y trabajadas páginas de lo que será, de lo que ya es en haz, su libro sobre *El texto del “Quijote”*.

No ha mucho tiempo que Rico, en una nueva incursión en “la canallesca”, venía a enunciar por enésima vez su ideal de vida u obra:

El quehacer del filólogo discurre en dos ámbitos, uno especializado y otro abierto. No todos los ajetreos del primero se hacen ostensibles en el segundo, pero todos desembocan en él, en tanto en definitiva todos miran a poner en limpio y en claro, también para todos, el texto de los clásicos.

En un terreno o en otro, y a sabiendas de adoptar a veces lecturas o soluciones arriesgadas y discutibles, pero siempre inteligentes, se

JOSÉ MARÍA MICÓ

ha valido de los problemas del texto cervantino para remover algunos de los cimientos y procedimientos de la crítica textual, y en particular del método lachmanniano, cuya fuerza “se halla únicamente en la teoría, mientras en la práctica mengua hasta hacerse poco menos que inerte para las letras romances”. Los textos, en efecto, son organismos caprichosos, extensión material de los talentos que los crean y de los copistas que se desvelan o se adormecen sobre ellos. Cada texto exige su propio sistema, porque aporta excepciones sin número a cualquier prejuicio crítico o a cualquier premisa metodológica, y porque donde menos lo esperamos salta una variante que escapa al más aséptico y preciso de los estemas, bellas tramas genealógicas que para algunos de nuestros clásicos no pasan de ser castillos de naipes. “Una ecdótica plena comporta la búsqueda del equilibrio entre la voluntad del escritor, las singularidades de la obra y las conveniencias de los receptores”: por eso no es lo mismo “editar un texto transmitido por manuscritos que otro transmitido por impresos”, y por eso, para el filólogo que se precie, “tampoco es lo mismo editar un libro bueno que un libro malo”, y así “los métodos y las metas de la edición han de ser diversos para Zanzotto y para Zanella, para Lope de Vega y para López de Vega”.

Los libros que nos importan son los que nos siguen preguntando qué nos gusta de ellos, y creo que Francisco Rico sigue resolviendo en cualquier texto el amistoso desafío de Jaime Gil de Biedma. Quizá con su ejemplo la filología del futuro vuelva a ser creativa, vuelva a cobrar el tino

*y memoria perdida
de su origen primera esclarecida.*